

CAPITULO LXIX.

Causas del mal humor de un hombre.



o olvidó el capitán las promesas que había hecho á la esposa de Hernan Cortés.

Hemos dicho que Pánfilo de Narvaez amaba todo lo bueno y todo lo grande.

Pero había jugado con fuego, y no se juega impunemente con ese elemento.

Era cierto que le halagaba la idea de poder estrechar los vínculos que la indiferencia de Hernan Cortés habían aflojado.

En el primer momento de su derrota, esta idea le había dado ánimos para no faltar á sus deberes de caballero.

Pero léjos de Catalina, admirando cada día más las virtudes y la belleza de aquella mujer, se lamentaba de no haberla conocido ántes de haberse enlazado con un hombre á quien consideraba indigno de ella, y se prometió, ya que no podía disfrutar las venturas de su amor, buscar en la gloria y en el brillo de las armas los goces á que tenía que renunciar para siempre.

Más deseoso que nunca de llevar á cabo empresas arriesgadas, cifrando todo su orgullo en prestar servicios á su patria en aquellas apartadas regiones, adquirió todos los hábitos del militar veterano, y son ese mal humor, inseparable del soldado, que tan bien nos pinta Calderon en el general que retrata en su drama, «El Alcalde de Salamea.»

La aspereza, la severidad que adquirió fueron causa de que

la historia más tarde, al bosquejar su figura, le presentase como un hombre intransigente y díscolo.

Si la historia profundizase al dar idea de los personajes á quienes brinda la inmortalidad, comprendería que muchas veces las causas de su aparente carácter se fundan en sentimientos íntimos.

Pánfilo de Narvaez pensaba á cada instante en la felicidad que hubiera disfrutado uniéndose en estrecho lazo con Catalina.

Al chocar sus deseos con lo imposible, se exasperaba su carácter.

Esta es la explicación de los colores con que nos lo pinta la historia.

Pero no por eso renunciaba á la misión que se había propuesto llevar á cabo.

Eso nunca; todos sus esfuerzos se dirigieron á proporcionarse los medios de acercarse á Hernan Cortés para cumplir su promesa.

Cuando llegó á la presencia de Diego de Velazquez, éste, cuyo orgullo desmedido conocen ya nuestros lectores, le recibió con cierta familiaridad.

Diego de Velazquez había llegado por casualidad á una alta posición.

Como que no le había costado trabajo elevarse, se creía un ser privilegiado, y trataba con harto desden á todos sus inferiores.

—Vivimos en un siglo, dijo el capitán al gobernador, en el que para igualar siquiera la gloria de nuestros padres, necesitamos luchar mucho.

Ellos con heroico esfuerzo han arrojado de España á los infieles, que durante tantos años dominaron en nuestra patria.

La religion católica no se contenta en España con haber do-

minado á los árabes; necesita un nuevo y ancho campo que dominar con sus esplendorosos rayos; y hé aquí por qué todos los que sentimos en el alma deseo de imitar á nuestros padres, de alcanzar gloria para nuestro nombre, de buscar el premio de la bienaventuranza, abandonamos nuestros hogares, dejamos á nuestras familias y venimos aquí á luchar con la fe.

Este lenguaje sorprendió á Velazquez.

Por regla general, todos los que acudian á las Indias eran gentes que no podían hallar ocupacion ó empleo en España, é iban allí á probar fortuna.

En la situacion en que se hallaba Diego de Velazquez, Pánfilo de Narvaez era para él una gran adquisicion.

Conviene que nuestros lectores sepan qué es lo que habia pasado en Santiago de Cuba desde que Hernan Cortés, desobedeciendo las órdenes de Velazquez, se dió á la vela con rumbo al Yucatan.

Los enemigos de Hernan Cortés no dejaban tranquilo al gobernador.

—Ese hombre va á perderos, le decian. Ya habeis visto cuán grande es su influencia.

Ha catequizado á los soldados que le acompañan, y con todos ellos se cree en la posibilidad de resistir vuestra obediencia.

—Todo lo que sucede es efecto de vuestra bondad.

—Ese hombre conquistará el imperio de que tanto habla, y eclipsará nuestra gloria.

Estas observaciones, repetidas continuamente por los enemigos de Cortés, por los émulos de su gloria, amargaban los dias del gobernador; como carecia de un talento claro, de una imaginacion viva para poder hallar un medio de contrarestar la influencia de su enemigo, se desesperaba y no sabia qué partido tomar.

Andrés de Duero, que permanecia fiel á Hernan Cortés por las promesas que le habia hecho de partir con él su fortuna,

procuraba apaciguar á Velazquez, asegurándole que él tenia bastantes motivos para formar una opinion exacta de los pensamientos de Hernan Cortés

—No creais ambicioso de gloria y de fortuna à ese hombre, le decia.

Atribuid más bien su rebeldía á su carácter indomable.

Si hubiérais depositado en él toda vuestra confianza, hubiera sido sumiso y fiel á todas vuestras órdenes.

Pero no ha sido así.

Os habeis dejado manejar por sus enemigos; habeis dado crédito á todas sus sospechas; al poco tiempo de haberle conferido el nombramiento de jefe de la escuadra, habeis tratado de desacreditarle; y con hombres del temple de Cortés no se consigue eso.

Semejante conducta les irrita en vez de apaciguarlos.

Leal en alto grado, considera como enemigos á los que dudan un instante de su fidelidad.

Tiene alma, grandeza, y no dudeis, si alcanza el triunfo, vendrá á ofrecérslo.

Los enemigos de Cortés tuvieron noticia de estas tranquilizadoras frases de Andrés de Duero, y conociendo que era un enemigo formidable, procuraron malquistarle tambien con Diego de Velazquez.

No fué posible, porque el secreterio del gobernador era hombre astuto, y no convenia á Velazquez que saliesen de su dominio los secretos que de él conocia.

Habia en Santiago de Cuba un capellan, el licenciado Benito Martin, hombre de claro talento, de pronta resolucion y de mucha iniciativa.

No trascurrió mucho tiempo desde la salida de Hernan Cortés, sin que tuviera noticias suyas, y no hallando Velazquez en Antonio de Duero más que palabras tranquilizadoras, y en los

enemigos de Hernan Cortés observaciones que le llenaban de angustia, llamó al licenciado Benito Martin y le consultó.

Hay que advertir que este eclesiástico, desde que llegó á Santiago de Cuba dominó á Velazquez.

Los demas españoles que llevó á sus órdenes sufrieron las consecuencias de su orgullo.

—Algun dia me buscarán, se dijo el licenciado Benito Martin.

Y procuró alejarse del gobernador, seguro de que no tardaria en cumplirse su profecía.

—Siento mucho que vivais tan alejado de mí, le dijo Velazquez.

—La culpa es vuestra, Señor.

—¿Mia?

—Sí tal.

—¿Por qué?

—Desde el primer momento deseé ser vuestro amigo. Me rechazasteis con desden, y no era justo que yo insistiese en conseguir un beneficio que se me negaba.

—Estais equivocado, repuso Velazquez. Yo he atribuido vuestro alejamiento á desden de vuestra parte.

—Hoy, sin embargo, he venido porque me habeis mandado llamar.

—Es cierto; hombres que valen tanto como vos, deben estar siempre al lado de los que rigen los destinos del pueblo.

—Mil gracias; sois muy bondadoso.

—Olvidemos el pasado, continuó el gobernador, y prestadme vuestro concurso para el presente.

—¿En qué puedo serviros?

—Conoceis mi situacion, ¿no es cierto?

—Tanto ó mejor que vos; perdonad mi inmodestia.

—Celebro infinito que así sea. Pero ahora bien; ¿qué hariais en mi caso?

—Yo no conozco lo bastante á Hernan Cortés para poder adivinar sus intenciones. Pero es casi seguro que despues de lo que ha pasado entre vos y él, derrotado ó vencido, no busque como puerto de salvacion á Santiago de Cuba.

—Vos creéis...

—Creo que si hubiese sufrido la misma suerte que Grijalva y Fernandez de Córdoba, ó habria perecido, porque es valiente y arrojado, ó habria buscado para refugiarse algun puerto de la metrópoli.

Si no es así, si ha obtenido el triunfo, si ha conquistado esos países fabulosos de que tantas maravillas se cuentan, no dudeis que habrá enviado á España un emisario para dar cuenta al emperador directamente de su triunfo.

—Y si es así, exclamó muy apurado Diego de Velasquez, ¿qué debemos hacer?

—Una cosa muy sencilla: de un modo ó de otro, debeis participar su rebeldía al emperador. Yo me presto gustoso, si lo estimais oportuno, á ir á España á ver á Carlos V en vuestro nombre, á llevarle una carta vuestra, á añadir de palabra cuantas explicaciones me pidais en un sentido que os favorezca en extremo.

—Sí, sí, teneis razon; eso es lo que debo hacer.

—Pero muy pronto.

Velazquez se quedó un momento pensativo.

—Dentro de cuatro dias, dijo, tendreis una carabela á vuestra disposicion para que os conduzca á España.

—Seria muy conveniente que no se enterasen los prohombres de Santiago de Cuba de esta determinacion porque no sabeis los que os son fieles.

—Lo que es por eso, no temais; los conozco bien.

—Desconfiad de los cortesanos. Si Hernan Cortés triunfa, os abandonarán para tributarle el incienso de la adulacion; y si no triunfa, por ser quien sois, por desempeñar la alta magistra-

tura del gobierno de esta isla, os mirarán siempre con malos ojos.

—Veo que conoceis el mundo.

—Me confundo con vuestras bondades.

—En ese caso, valdrá más aguardar á la época en que debia salir la primera carabela, para que no aparezca intencionado vuestro viaje.

—Tal creo.

—Pues disponedlo todo, porque dentro de diez dias partireis para España.

—Yo confio, añadió el licenciado Benito Martin, que los servicios que voy á prestaros serán estimados por vos.

Deseo ser vuestro amigo, y ó poco he de valer, ó he de traeros ámplios poderes de Carlos V, si me ofreceis compartirlos conmigo.

—Empeño mi palabra, dijo Velazquez, presentando su diestra al licenciado.

Este la estrechó, y los dos quedaron de acuerdo.

Dos dias despues partió el licenciado Benito Martin, á quien desde luego nombró el gobernador su capellan, y apénas desembarcó en Cádiz, averiguó que estaba el rey en Tordesillas, y fué á verle.

Llegó tarde.

Francisco de Montejo habia arribado algunos dias ántes, y sin detenerse á dar cuenta al presidente del Consejo de Indias, que era á la sazón el obispo de Búrgos, se encaminó adonde estaba el rey.



CAPITULO LXX.

Riquezas.



n efecto; Francisco de Montejo, cumpliendo al pié de la letra con verdadera lealtad las instrucciones que le habia dado Hernan Cortés, presentó al monarca el informe que de sus descubrimientos le dirigia el caudillo, y añadió á sus indicaciones nuevas noticias, que encantaron al monarca español.

Aprovechando la alegría que vió pintarse en su rostro, le dió cuenta de la desconfianza que injustamente habia inspirado Hernan Cortés á Diego de Velazquez, y le aseguró que el único proyecto de su amigo era conquistar para España un vasto y poderoso imperio, de cuya grandeza le ofrecia tan endebles muestras.

Montejo ofreció en nombre de Hernan Cortés á Carlos V los siguientes objetos:

Dos ruedas de oro y plata, que entregó Teutila á Hernan Cortés de parte de Moctezuma.

Un collar de oro de ocho piezas, en el que habia engastadas 183 esmeraldas y 232 rubíes.

Un collar del que pendian 27 campanillas de oro y unas cuantas perlas.

Presentó tambien al monarca otro collar en cuatro trozós con 102 rubíes pequeños, 172 esmeraldas, 10 perlas, y por adorno otras 27 campanillas de oro.

Por lo que tiene de curioso, reproducimos á continuacion la

lista detallada de los demas efectos objeto del presente, tal como la reseña el historiador más antiguo de Hernan Cortés.

Ademas de las joyas indicadas, entregó Montejo:

Granos de oro, ninguno mayor que garbanzo, así como se hallan en el suelo.

Un casquete de granos de oro sin fundir, sino así groseros, llano y no cargado.

Un morrion de madera chapeado de oro, y por de fuera mucha pedrería, y por bebederos veinticinco campanillas de oro, y por cimera una ave verde, con los ojos, pico y piés de oro.

Un capacete de planchuelas de oro y campanillas alrededor, y por la cubierta piedras.

Un brazalate de oro muy delgado.

Una vara, como cetro real, con dos anillos de oro por remates, y guarnecidos de perlas.

Cuatro arrejaques de tres ganchos, cubiertos de plumas de muchos colores, y las puntas de berrueco atado con hilo de oro.

Muchos zapatos como esparteñas, de venado, cosidos con hilo de oro, que tenían la suela de cierta piedra blanca y azul, y muy delgada y trasparente.

Utros seis pares de zapatos de cuero de diverso color, guarnecidos de oro ó plata ó perlas.

Una rodela de palo y cuero, y á la redonda campanillas de laton morisco, y la copa de una plancha de oro, esculpida en ella Vitcilopuchtli, dios de las batallas, y en el aspa cuatro cabezas con su pluma ó pelo, al vivo desollado, que eran de leon, de tigre, de águila y de un buarro.

Cueros de aves y animales, adobados con su misma pluma y pelo.

Veinticuatro rodelas de oro y pluma y aljófár, vistosas y de mucho primor.

Cinco rodelas de pluma y plata.

Cuatro peces de oro, dos ánades y otras aves, huecas y vaciadas, de oro.

Dos grandes caracoles de oro, que acá no los hay, y un espantoso cocodrilo, con muchos hilos de oro gordo alrededor.

Una barra de laton, y de lo mismo ciertas hachas y unas como azadas.

Un espejo grande guarnecido de oro, y otros chicos.

Mitras y coronas de pluma y oro labradas, y con mil colores y perlas y piedras.

Plumas muy gentiles y de todos colores, no teñidas, sino naturales.

Plumajes y penachos, grandes, lindos y ricos, con argentería de oro y aljófár.

Ventalles y moscadores de oro y pluma, y de sola pluma chicos y grandes y de toda suerte, pero todos muy hermosos.

Una manta, como capa de algodón tejido, de muchos colores y de pluma, con una rueda negra en medio, con sus rayos, y y por dentro rasa.

Sobrepellices y vestimentas de sacerdotes, palias, frontales y ornamentos de templos y altares.

Otras de estas mantas de algodón, ó blancas solamente, ó blancas y negras escacadas, ó coloradas, verdes, amarillas, azules y de otros colores.

Mantas y paramentos de algodón.

Asombrado el emperador, no solo de las riquezas, sino de la originalidad de aquellos objetos, mandó llamar artífices para que explicasen su valor, y éstos aumentaron el interes y la curiosidad del monarca, elogiando el trabajo de las joyas.

Entre otros objetos que más llamaron la atención de Carlos V, deben citarse los libros de figuras que citaban los mexicanos.

Para convencer de la verdad al rey, dispuso Hernan Cortés que llevase Montejo en su compañía cuatro indios y dos indias de Zempoala.

Montejo los mandó llamar para que los viera el rey, y despues, con el beneplácito del monarca, anduvieron por la ciudad, llamando la atencion de todo el mundo.

Despues de esta minuciosa, pero interesante reseña, comprenderán nuestros lectores que el licenciado Benito Martin tenia que luchar con grandes dificultades para inclinar la proteccion del rey á favor de Velazquez, é influir en contra de Hernan Cortés.

Aguardó á que partiese Montejo de Tordesillas, y cuando supo que habia verificado su marcha, de acuerdo con el obispo de Búrgos, que estaba profundamente indignado contra Hernan Cortés, porque no se habia valido de él en aquella ocasion para informar á Cárlos V de su descubrimiento, se dirigió á la ciudad, no tardando, gracias á la misma influencia, en ser recibido por el emperador.

Su entrevista con él, y los resultados que obtuvo en ella, demuestran gran habilidad y merecen capítulo aparte.

CAPITULO LXXI.

Un pretendiente hábil.



o necesitamos dar una idea del carácter del monarca con quien iba á conversar el licenciado Benito Martin. Harto conocida es su grandiosa figura de todos los que han estudiado, ó siquiera han leído, la historia de España, para que nos detengamos á hacer este retrato.

Un hombre de tan viva imaginacion como claro talento, de ambicion superior, cifraba más su gloria en someter á los hombres, en arrebatár á las clases su iniciativa, en arrojar sobre sus vasallos el peso de su omnímodo poder, que en acumular tesoros; y cuando más se sonreía, era cuando halagaba su imaginacion, ofreciéndole medios de subyugar hombres y pueblos.

No daba, pues, gran importancia á las conquistas del Nuevo Mundo.

Su sueño dorado era escurecer la gloria de su rival el rey de Francia.

Si á esto se une la frialdad, la apatía de su carácter, la seguridad de satisfacer todos sus deseos, todos sus caprichos, se comprenderá fácilmente que aun cuando le halagaban las conquistas del Nuevo Mundo, apénas preocupaban su ánimo.

El licenciado Benito Martin, hombre ducho en la ciencia de la vida, se mostró apasionado admirador de la impotencia del emperador, ensalzó las altas prendas que le adornaban, y puso despues en relieve su pequeñez y la del asunto que le llevaba á conseguir la inmerecida honra de besar las plantas del soberano.